

hablado sin rodeos.—«¿Queréis ser presidente de la República?—¡No, ciertamente!—Entonces debéis ayudarnos á colocar en el trono al duque de Orleans.» Lafayette había consentido, no sin pena, á condición de que se ampliaran las libertades públicas. La comitiva, formada por el duque de Orleans y los diputados, se puso en marcha; el duque iba delante, á caballo; los diputados detrás, á pie. El príncipe avanzaba lentamente, repartiendo saludos y apretones de mano. En los alrededores del Palais Royal, la muchedumbre daba vivas al duque de Orleans; pero á medida que el cortejo se acercaba al Hotel de-Ville, se vitoreaba más á la libertad que al duque, y en la plaza de Greve, el grito fué: «¡No más Borbones!» El duque subió las gradas del Hotel-de-Ville con visible ansiedad; tranquilizóse, no obstante, al ver á Lafayette, que salía á su encuentro, seguido de la comisión municipal. La juventud republicana, que llenaba la escalera y galerías, demostraba frialdad é indiferencia. «Soy, dijo el duque, un guardia nacional de mil setecientos ochenta y nueve, que viene á visitar á su antiguo general». El príncipe entró en el salón de sesiones. Lafayette le entregó una bandera tricolor y lo empujó á la ventana. El duque de Orleans ondeó la bandera y abrazó á Lafayette. La multitud, vacilante ó mal dispuesta hasta entonces, se dejó arrastrar por el entusiasmo y prorrumpió en aplausos y aclamaciones. La monarquía de Julio estaba fundada.

Dícese que el duque de Orleans había escrito á Carlos X la noche de su llegada á París: «... Si en este espantoso desorden sucediera que me impusiesen por la violencia un título al que nunca he aspirado, esté persuadido V. M. de que no admitiré ninguna clase de poder sino temporalmente y por el sólo interés de vuestra casa; me comprometo solemnemente á ello con V. M.» Agrégase que el duque de Mortemart, á quien Luis Felipe dió esta esquila para que la llevara á su destino, descuidó hacerlo con la prontitud debida, y que al día siguiente le pidieron aquella de orden del duque de Orleans, á quien la devolvió. Como no se posee el documento original, discútese acerca de los términos en que estaba concebido.

Carlos X y su familia habían abandonado á Saint Cloud, yéndose á Versailles, de aquí á Trianon, después á Rambouillet; desde este último punto, el Rey dirigió un despacho al duque de Orleans nombrándole lugarteniente general. El infortunado monarca, ratificando indirectamente el acuerdo de la Cámara, hacia esfuerzos para detener el curso de los acontecimientos. Luis Felipe contestó con protestas vagamente afectuosas. Carlos X avanzó un paso más; escribió á aquél que abdicaba en favor de su nieto, en quien también renunciaba sus derechos el duque de Angulema, y en su consecuencia, le instaba á proclamar al duque de Burdeos con el título de Enrique V. El emisario de Carlos X se cruzó en el camino con el mariscal Maisón y los diputados Schonen, Jacqueminot y Odilón Barrot, enviados á Rambouillet por Luis Felipe con el falso pretexto de que el Rey, amenazado por el pueblo, quería una salvaguardia para

ausentarse de Francia. Lo cierto es que se trataba de obligarle á marcharse. Carlos X se negó á recibir á los comisionados del duque: se le habían unido algunas tropas, y si bien regimientos enteros le abandonaron ó se desbandaron, aún podía disponer de ocho ó diez mil hombres y cuarenta piezas de artillería.

El general Maisón y sus compañeros volvieron al Palais-Royal el tres de Agosto, por la mañana muy temprano, y mandaron despertar al duque de Orleans, á quien dijo Odilón Barrot que sin duda Carlos X buscaba ganar tiempo, que la situación era sumamente peligrosa y que urgía ponerle término. «Sí, respondió con viveza Luis Felipe; hay que hacer una demostración armada contra Rambouillet. Prevenid al general Lafayette, que cada legión de la guardia proporcione quinientos hombres. Señores comisarios, precederéis á esa columna y quizás ahora seáis recibidos». La demostración se hizo; Carlos X recibió á los comisarios, y Odilón Barrot le conjuró á ahorrar días de luto á Francia, ya sin objeto, pues él y su hijo habían renunciado á la corona: «He abdicado, dijo el Rey, pero en beneficio de mi nieto, cuyos derechos defenderemos hasta derramar la última gota de nuestra sangre.—Cualquiera que sea el porvenir que Dios reserve á vuestro nieto, en interés de ese mismo porvenir, no debe mancharse con la sangre que va á correr; contestó Odilón Barrot.—¿Qué hay que hacer? repuso conmovido el monarca.—Señor, habéis comenzado el sacrificio, consumadlo; no hay que perder un momento». Carlos X cedió, y á las pocas horas tomaba con su familia el camino del destierro. «Príncipe, escribió Odilón Barrot al duque de Orleans, ya no tenéis competidor al trono».

El mismo día, tres de Agosto, en que se cumplían estos memorables acontecimientos en Rambouillet, el lugarteniente general abrió la sesión de las dos Cámaras, después de conferir á Lafayette el mando en jefe de los guardias nacionales de Francia. No estaban presentes sino unos doscientos cuarenta diputados y sesenta pares, poco más ó menos. En un discurso muy hábil y meditado, el duque de Orleans elogió el valor heroico con que París había resistido la deplorable violación de la Carta; lamentó la desgracia de la rama primogénita, que, dijo, hubiese querido evitar, y para inspirar confianza á las potencias extranjeras, declaró que Francia, que iba á ser feliz y libre, se preocupaba únicamente de su prosperidad interior y amaba la paz tanto como las libertades. También anunció la doble abdicación de Carlos X y del duque de Angulema, sin decir palabra de duque de Burdeos, después llamado conde de Chambord. Las frases del príncipe fueron bien acogidas por la asamblea.

No era dudosa para nadie la exaltación de Luis Felipe al trono; mas entre los políticos partidarios de esta solución, había grandes divergencias en punto á la ley fundamental. Unos querían conservar la vigente sin alteración ninguna, otros pedían que se redactase otra completamente nueva; muchos, por último, se inclinaban á mantener la actual, mejorándola. El de estos fué el criterio que prevaleció, y el siete de Agosto, la Cá-

mara de representantes aprobó un proyecto de reforma, debido á Berard y retocado, en sentido conservador, por Guizot y Broglie. Las principales modificaciones introducidas en la Carta fueron las siguientes: se suprimió el artículo que establecía como religión del Estado la católica, y se varió el catorce, para decir que el rey no podía suspender las leyes ni dispensar de su ejecución; concedióse á las dos Cámaras el derecho de iniciativa, y se dispuso que fuesen públicas las sesiones de la Cámara alta; se anularon los nombramientos de pares hechos en tiempos de Carlos X, y se abolieron las *pairies* hereditarias (esto último fué un triunfo de la opinión); en fin, se omitió el preámbulo, «por vejatorio para la soberanía nacional al aparentar que se otorgaba á los franceses derechos que les pertenecían naturalmente.» La Carta dejaba de ser una concesión graciosa del monarca, para convertirse en verdadero contrato estipulado entre el pueblo francés y el rey libremente elegido, que, al subir al trono, debía jurar respetar los derechos de la nación y ser fiel á las leyes constitucionales. Declarado vacante, de hecho y de derecho, el trono, por causa de la violación de la Carta, la Cámara de diputados llamaba á ocuparlo al duque de Orleans y sus descendientes varones, por orden de primogenitura. La asamblea fué en corporación á comunicar su acuerdo á Luis Felipe, que manifestó considerarlo como expresión de la voluntad nacional, á la cual se sometía.

La Cámara de diputados no participó su resolución á la de los pares hasta después de haber visitado al duque, es decir, cuando realmente todo estaba concluido. Humillada, pero conociendo su impotencia, la Cámara alta se adhirió á las decisiones de los representantes por ochenta y nueve votos contra diez; hubo, además, catorce abstenciones. Chateaubriand pronunció un discurso patético y elocuentísimo, abogando á favor del inocente niño, á quien se castigaba por faltas ajenas; pero, al mismo tiempo, abrumó bajo el peso de su indignación á los funestos consejeros de Carlos X, y reconoció con noble franqueza «que un siglo no había madurado tanto los destinos de un pueblo como los tres últimos soles que acaban de brillar sobre Francia.

Faltaba decidir con qué nombre reinaría el duque de Orleans. Los doctrinarios, queriendo que la nueva dinastía viniese á ser como mera continuación de la anterior, que suponían haber hecho dejación del trono, deseaban que el rey se llamase Felipe VII. Lafayette se opuso enérgicamente, apoyándole Dupin, que había dicho ser elegido el duque «no por ser Borbón, sino apesar de ser Borbón.» Luis Felipe tomó, pues, el nombre de «Luis Felipe I, rey de los franceses,» y no de Francia para borrar vestigios del régimen feudal. El nueve de Agosto, prestó Luis Felipe ante la Cámara de diputados el juramento de fidelidad á la Carta constitucional, recibiendo acto seguido los atributos de la monarquía, que le presentaron cuatro mariscales.

Los legitimistas fulminan sus anatemas sobre los revolucionarios de Julio, por no haber respetado los derechos del duque de Burdeos, que no era responsable de los de-

cretos de Polignac. Sin embargo, el duque de Burdeos representaba la monarquía tradicional, ó de derecho divino, que se conceptúa superior á la soberanía de la nación: con Enrique V, el conflicto entre el rey y el pueblo se habría reproducido más pronto ó más tarde. Los republicanos, á su vez, censuran á los hombres de mil ochocientos treinta, porque, habiendo reconocido el principio de la soberanía nacional, dejaron subsistente una institución, la monarquía hereditaria, incompatible con el pleno ejercicio del derecho popular. Sin duda, dadas las condiciones de Francia y su estado social desde mil setecientos ochenta y nueve, el restablecimiento de la soberanía nacional parecía deber llevar aparejado el de la república. No obstante, en mil ochocientos treinta, no se trataba de saber si ésta era la última palabra de la revolución, sino si había llegado el momento de pronunciar dicha palabra. Ahora bien, lo cierto es que, á la sazón, los tristes recuerdos del Terror oprimían aún las imaginaciones, confundiéndose á los ojos de la mayor parte con la idea de la república; la clase media, liberal é ilustrada, experimentaba el ardiente deseo de ensayar una monarquía á la inglesa, y el pueblo, en general, apenas tenía el sentimiento de sus derechos políticos y no reclamaba el sufragio universal, inseparable, en la época moderna, de la idea republicana.

El régimen establecido en Francia el nueve de Agosto de mil ochocientos treinta, tuvo, pues, su razón de ser, aunque no más que á título de transitorio. El reproche que debe dirigirse á sus autores es el de no haber introducido en la Carta el medio de operar pacíficamente el cambio de las instituciones, corolario indispensable del principio de la soberanía nacional.